

Jorge Amado

De cómo los turcos descubrieron América

Traducción de Basilio Losada



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A descoberta da América pelos Turcos*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2008, by Grapiúna – Grapiúna Produções Artísticas Ltda.

Publicado originalmente na França, Éditions Stock, Paris, 1992

La edição, Record, Rio de Janeiro, 1994

All rights reserved

© de la traducción: Basilio Losada Castro, 1995, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-973-9

Depósito legal: M. 29.975-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

De cómo los turcos descubrieron América

- 15 Prefacio
- 21 Los esposales de Adma

De cómo los turcos descubrieron
América

o

De cómo el árabe Jamil Bichara,
desbravador de selvas, de visita en la
ciudad de Itabuna para aliviar
tristezas, ganó allí fortuna y
casamiento

o, también

Los esponsales de Adma

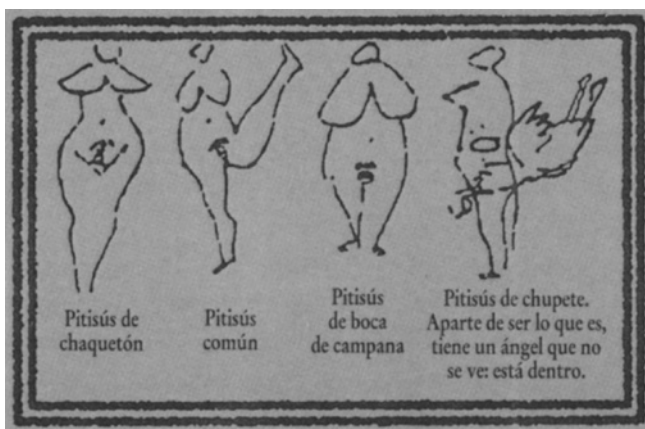
*Para Zélia,
en las alegrías y tristezas de este otoño.
Para Antonio Alçada Baptista
y Nuno Lima de Carvalho,
que descubrieron Brasil y conquistaron
muchedumbres con las armas de la
abnegación y de la amistad.*

Ya es hora de que descubramos América
–dijo el profeta Tawil–, llevamos algo de retraso
y estamos perdiendo dinero.

(*Los archivos secretos*, volumen
de «Los Profetas menores»)

Inspiración divina, obra maestra del Señor,
dádiva mayor, el pitisús de chupete,
llamado coño de ángel...

(*Libro del Génesis*, capítulo
«De la Perfección»)



(Caribé, *Rondó coñal*)

A finales de mayo de 1991 estaba en mi casa de Rio Vermelho, Bahía, cuando recibí una llamada telefónica de Roma: el director de una agencia de relaciones públicas me comentaba un proyecto, me hacía una propuesta.

Una importante empresa italiana había decidido conmemorar el V Centenario del Descubrimiento de América publicando un libro con tres historias escritas por narradores americanos: una en lengua inglesa, del norteamericano Norman Mailer; otra en lengua española, del mexicano Carlos Fuentes, y otra en lengua portuguesa, que me proponían escribiera yo. El proyecto consistía en un libro en cuatro idiomas: italiano, inglés, español y portugués, con una tirada de trescientos mil ejemplares, que serían distribuidos gratuitamente a los viajeros de las distintas compa-

ñías aéreas entre abril y septiembre de 1992, año del V Centenario, en todos los vuelos entre Italia y las tres Américas.

La Agencia adquiriría los derechos de publicación por un período de tres años, para las cuatro lenguas referidas, de los textos de los tres novelistas del Nuevo Mundo. Me preguntaron si tenía en el cajón una historia de las dimensiones requeridas (me dijeron el número de espacios; y como de esas cosas de ordenadores nada entiendo, traduje los espacios a páginas de máquina de escribir, unas setenta más o menos), y, en caso de no tenerla, ¿podría imaginarla y escribirla? Me propusieron una cantidad en pago de los derechos de autor: me pareció módica, empezamos un tira y afloja y quedamos en ultimar detalles en julio, en París, hacia donde saldría al cabo de un mes.

La idea me pareció seductora y me puse manos a la obra. Recordé que durante la elaboración de Tocaia Grande había empezado a concebir una aventura (o desventura) del árabe Fadul, pero no había llegado a escribirla. Me pareció innecesaria dentro de aquella estructura novelesca. Una idea graciosa; volví a pensar en ella, a madurarla.

Esperé en París; los italianos no aparecían y le dije a Zélia: «Esos mafiosos se han evaporado; menos mal, pues así podré continuar tranquilo el trabajo de Navegación» —yo había empezado en Bahía a escribir Navegación de Cabotaje. No obstante, en

agosto, aquella gente se puso en contacto conmigo, vinieron a París, aceptaron mi precio, firmamos el contrato, suspendí el trabajo de mis antimemorias e inventé la novelita que van a leer. En noviembre de aquel año, en Roma, entregué los originales, recibí el cheque y empecé a gastarme aquel dinerillo.

Comencé igualmente a vender el libro para las lenguas que no estaban incluidas en el contrato con la Agencia. Firmé acuerdos para las traducciones al francés, alemán, ruso y turco. En septiembre de 1992 salió la edición francesa (Editions Stock), en magnífica traducción de Jean Orecchioni. El librito de los turcos mereció la mejor acogida de la crítica francesa, se vendió —y se vende— muy bien y aparecerá en Livre de Poche a comienzos de año. Sólo añadiré que la edición turca, publicada en los inicios de 1993, es hermosa; en cuanto a la traducción, la considero perfecta: las traducciones perfectas son aquellas hechas a lenguas que el autor no puede leer.

Las ediciones en italiano, portugués, inglés y español de las tres historias reunidas en un volumen tendrían que haber sido publicadas en abril de 1992, pero no lo fueron. No formaron parte de las conmemoraciones del V Centenario, conmemoraciones que, por otra parte, degeneraron, como era previsible, en polémicas duras y radicales: ¿descubrimiento, o conquistista?, ¿epopeya, o genocidio? Pasaba el tiempo y yo no recibía noticias de la Agencia.

No tuve noticias, pero sí un presentimiento: al leer en los periódicos lo de la «Operación Manos Limpias», que llevó a juicio público la corrupción de la vida política italiana –corrupción que sólo es inferior a la brasileña–, y ver que en esta corrupción estaba incluida la importantísima empresa estatal de quien había partido el encargo (sus ejecutivos fueron procesados, y el presidente de la susodicha se mató en la cárcel), me quedé con la mosca tras la oreja. Le mostré la noticia a Zélia: «Creo que las ediciones previstas no van a llegar jamás a manos de los viajeros de las compañías aéreas; el proyecto se ha ido al agua.»

Y así fue. La Agencia con la que había contratado el libro me escribió comunicándome el abandono del proyecto y restituyéndome los derechos para las cuatro lenguas sobre las que se había reservado opción. Telefoneé a Carlos Fuentes, a Londres, para comentar la noticia, y él me dijo que ya había vendido a una editorial madrileña los derechos de publicación de la historia en español. Avisé a Sergio Machado, en Brasil: «Los turcos están libres. Puedes publicar el libro cuando quieras.»

Si el lector de esta novelita observa alguna semejanza entre el árabe Jamil Bichara, personaje de la historia, y Fadul Abdala, personaje de una anterior novela, entre Raduan Murad y Fuad Karam, entre el pueblecillo de Itaguassu y un lugarejo llamado Tocaia Grande, no piense que es simple coincidencia. Se tra-

ta sólo de una demostración más de que soy un novelista limitado y repetitivo, de acuerdo con la opinión corriente y expresa de los nobles señores de la crítica nacional. Opinión manifestada y repetida, sólo la transcribo aquí para mostrar mi acuerdo con ella.

Por lo demás, todo bien. Espero que los lectores se diviertan con las peripecias de los esposales de Adma, acontecidos en la ciudad de Itabuna en los inicios de la civilización del cacao, en los primeros años del siglo, cuando al fin los turcos descubrieron América, desembarcaron en Brasil y se hicieron brasileños de los mejores.

Los esposales de Adma

Uno

De creer a los historiadores ibéricos, lo mismo da que sean españoles o portugueses, el descubrimiento de América por los turcos, que ni turcos son ni cosa que se les parezca, pues son más bien árabes de pura cepa, ocurrió con gran retraso, en época relativamente reciente, en el siglo pasado, no antes.

Hay que tener en cuenta que, por su propio interés en el asunto, los tratadistas peninsulares resultan sospechosos; lo que ellos quieren, por encima de todo, es dar lustre y esplendor a los hechos y a las figuras de españoles y portugueses: Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Vasco de Gama, Fernando de Magallanes y otros patricios de semejante grandeza, castellanos y lusos de gran calibre todos, del más alto linaje cristiano, de la sangre más limpia, valerosos, indomables héroes. Para iniciar la charla,

conviene recordar que, armados de partidas de nacimiento y otros testimonios, hay italianos que reivindican para la otra península, la *macarroni*, la gloria de haber sido cuna de Colón y de Vesputio: del que descubrió, y del que se aprovechó y bautizó con su nombre aquellas ignotas tierras. Otros papeles, otros testimonios, sirven a los españoles para rebatirlos, y Dios sabe quién tiene razón, teniendo en cuenta que los sellos de los documentos se falsifican y que los testigos pueden comprarse con vil metal. Si los españoles merecen poco crédito, menos aún merecen los italianos, como fácilmente puede comprobarse por lo de la estafa de Vesputio. Y de lo de los vikingos, ¿qué vamos a decir? Muy liado está eso del descubrimiento.

En el barco de inmigrantes que los trajo de Oriente Medio, de las montañas de Siria y del Líbano, a las selvas vírgenes del Brasil, penosa travesía de tormentas, Raduan Murad, fugitivo de la justicia, que lo perseguía por hampón y fullero, letrado de prosa embaucadora, había revelado el sirio Jamil Bichara, compañero de catre y de bodega, que, habiéndose quemado las cejas durante noches insomnes sobre viejos infolios que trataban del primer viaje de Colón, había descubierto, entre los marineros que componían la tripulación de una de las tres carabelas de aquella excursión festiva, el nombre de un tal Alonso Bichara. El moro Bichara, enrolado a la

fuerza quizás, uno de los tantos héroes olvidados a la hora de las celebraciones y de las recompensas: el almirante se cubre de gloria, los marineros se cubren de mierda – pese a su erudición, Raduan Murad no era hombre de fina palabra.

¿Verdad o impostura? Raduan Murad era imaginativo, fantaseador, y, en cuanto a escrúpulos, no los cultivaba. Unos años después, instalado ya en las tierras vírgenes, inventaría el “trile de Itabuna”, compuesto por tres cartas dispares, novedad en las mesas de póquer, de comprobada utilidad a la hora del farol, cuya fama se extendió por toda la zona de la capital. Verdad o embuste, qué más da, pues los sucesos que aquí van a contarse ocurrieron teniendo por protagonista a Jamil y no a su pretendido bisabuelo, moro por Bichara, español por Alonso, de existencia dudosa. Mejor es centrarse en los hechos comprobados, innegables, aunque la misma historia verídica participe del milagro.

La referencia al descubrimiento de América tiene que ver con las conmemoraciones actuales, omnipresentes: hoy día, el pobre ciudadano no puede dar un paso ni soltar un pedo sin que caiga sobre su cabeza el V Centenario. Del Descubrimiento, dicen los descendientes de los impávidos que descubrieron el otro lado del océano; de la Conquista, exclaman los descendientes de las víctimas de la matanza, de los negros esclavizados, de las culturas arrasadas